

Tierra y Libertad



Barcelona, 9 de enero de 1932

SEMANARIO ANARQUISTA

Año III • Núm. 47 • 15 CÉNTIMOS

La hora política ha pasado

No comprendemos cómo aun hay quien continúe en la eficacia política. Sobre todo, el proletariado debe apartarse irremisiblemente de todo lo que tenga sabor a política. La política no es sólo un comedero de oportunistas, sino que emboteca y degenera al que a ella se entrega.

Además, al proletariado se le educa y conquista políticamente, para entretejerse de las realidades y apartarse de las luchas sociales.

En el caso concreto de España, sólo pueden contar en la política el logro y el aspirante al *enchufe*. En realidad, la hora política ha pasado ya. Se viven momentos de intensidad revolucionaria, que deben hacer abrir los ojos incluso a los que no quieren ver.

Nos parece que la actitud de los políticos y los gobernantes respecto a los trabajadores es bastante clara. La guerra y el exterminio nos han sido declarados críes e incondicionalmente. Lo que procede es empezar la defensa organizada de las potencias revolucionarias del proletariado, con caracteres de violencia y choques épicos.

Quien no quiera participar en las batallas que las fuerzas burguesas nos declaran, que se aparte de las filas revolucionarias, que no obstaculice la acción a nadie; cada uno es libre de actuar como mejor le plazca.

Como arma política y revolucionaria, los trabajadores contamos con los sindicatos. Haciendo potentes a éstos, podremos conseguir ciertas conquistas imaginables. Agrupados todos los revolucionarios libres en los sindicatos, po-

demostramos la lucha abierta y definitiva al Estado y a la burguesía. Los momentos actuales lo determinan ya. Solo falta el golpe de audacia, decisivo ya de una vez, sin temor a que las circunstancias, las consecuencias, puedan ser peores que la realidad que nos pincha con un dardo.

No creemos oportuno aconsejar seriedad a las masas. ¡Al contrario!... El momento es de lucha desesperada, cruel, homicida. ¡Nadie debe retroceder un paso en la lucha empezada! ¡Recorre ser que al pueblo se le quiere idiotizar por el hambre y la miseria; se le quiere conducir por el declive de la desesperación y la locura... Poco a poco, se provoca una situación que ciega al proletariado, que le domina, indigna, y puede arrastrarle en el torbellino de fratricidas peleas.

Habiendo pasado ya la hora de la política, entuqueamos las actividades en dirección revolucionaria. Es preferible, mil veces, perecer en el fragor de la lucha, que padecer estoicamente las humillaciones y los desplantes de una burguesía cruel y retrasada, defendida por la soberbia de las autoridades republicanas.

Ningún revolucionario debe retroceder un paso. Contra la burguesía y el Estado, el proletariado debe levantarse en continuo pie de guerra. Contra la República y la reacción, contra la guardia civil y el clero, contra los políticos y los gobiernos, la acción violenta de la revolución anarquista.

A. G. GILBERT

El derecho a la vida

Veo en el raudal volar del aparato que me lleva por tierras andaluzas grandes ganaderías con centenares de reses que gozan de la libertad del campo, disfrutando de extensiones que, labradas, serían la vida de muchas familias.

De vez en vez, muy lejos, un grupito de casas señalan que la vida humana sigue doliente la corriente que le marca el poderío de su enemigo, alzado al duro trabajo de la tierra, a la explotación opresora del amo; ríos zigzageantes riendo con su seguir de pista a través de la lejanía, señalan un poder nuestro dejado a la ventura sin manos que aprovechen su fuerza, sin cerebros que piensen su transformación en riqueza natural que ayude a la vida, que enriquezca al país.

Vemos tierras negras, millones de olivos y encinas, vegas floridas, huertas prometedoras se ven desde el claro azul.

Lo que no se ve son hombres, seres que indiquen que la tierra no es toda del poder animal y vegetal.

Los hombres los vi en los pueblos, ya en tierra, amontonados en las plazas ofreciendo sus brazos secos como sarmientos a los alquiladores de sus fuerzas dándolos por unos reales que serían la vida de su mujer, de sus hijos y aunque pareciera extraño tan mezquino jornal, su vida misma para poder continuar viviendo esta vida de perros peor mil veces que la de las bestias que cuidan mimosamente los acaparadores del capital. Hablo con ellos, me enseñan sus manos secas, negras, duras, donde empiezan a levantarse los callos que el diario trabajar duro y sin duelo, endurecieron las manos hasta sentir la quemazón y que hoy a falta de tarea donde poderlas emplear, se desconchan, se despellean, lo mismo que una cosa que no se habita se desconcha su fachada y sufre quebranto toda su trabazón.

No se lamentan, maldicen; no se entristecen, juran; no se humillan, amenazan; no piden clemencia, quieren venganza.

¡Malditos! ¡Malditos mil veces—dicen—las injusticias de los hombres que niegan el derecho a la vida a quienes se la dan a ellos con toda clase de comodidades.

Malditos los egoístas y los sin corazón que nos roban salud y energías y condenan a la anemia a nuestras compañeras y nuestros hijos por el mal afán del lucro y de la riqueza.

Y mil veces malditos sean los mercenarios que defienden al capital / en su nombre y en su solo provecho asesinan a los sedientos de justicia y a los hambrientos de pan.

Malditos todos. Los que matan y los que en su cobardía son cómplices de los hechos que son muchos a preparar y muy pocos a realizar.

Pero sobre todas las maldiciones más crueles, más terribles, más oprobiosas, coiga la que el árabe dijo a su compañero traidor y que yo lanzo sobre los judas del proletariado:

«Que Alá maldiga sus hijos, que se encuentre muertos sus camellos, sus caballos, que sus mujeres le engañen con un rumi y que sus hijas sean las víctimas de un ejército.»

Así hablaba un campesino que condenado sin trabajo, paseaba el hambre y sus brazos olvidados al esfuerzo por la plaza solitaria de un pueblo.

MAURO BAJATIERRA

Bujalance.

ciéndolo por las propias manifestaciones al comunismo libertario, hubiese tenido en todos los momentos una orientación anarquizante, ya se hubiese intentado hacer la verdadera rendición con vistas a transformar el orden social que padecemos. Ha ocurrido que muchos de sus afiliados y bastantes de sus más destacados dirigentes no eran anarquistas; eran sindicalistas a secas, aunque, particularmente los últimos, se adjetivaran de anarquistas en todo momento.

Estas cosas es necesario tenerlas siempre en cuenta a fin de poder obrar en consecuencia cuando el caso lo requiera.

FONTAURA

La muerte del poeta

La cama que ostenta el número 26 está ocupada por un amigo mío, poeta éste que cayó herido el mismo día que yo; pero el desgraciado está grave, gravísimo, también lo ve el así, lo reconoce y en su febril delirio el eco lastimero, pero rebelde, arrancado de su corazón hace enternecer, pensar y hasta llorar de coraje al alma más insensible.

No puede estar quieto. Un ataque cerebral se lo impide.

Y el poeta, el rebelde habla: Yo me muero... Dame algo para calmar mis dolores... Me hierve la cabeza, se me derrite. Me aso yo mismo. Me quemó y me abraza la fiebre en este ensangrentado campo. No quiero pisar más el barro amasado con sangre humana. ¡Luz, más luz...! ¡Mucha más luz! No tanta oscuridad. Negra tanta. Tinieblas.

Hizo una ligera pausa; entreabrió los ojos; volviólos a cerrar y continuó hablando, delirando: ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído aquí? ¿Quién ha puesto en mis manos el arma fratricida, destructora, mortal? ¿Por qué he de matar yo a mis hermanos si no soy asesino? Cesad, cesad de atormentar a mi espíritu. Yo guardo una rosa en mi corazón, está empapada de sangre y me ahoga... Quiere mi rosa salir a la superficie, para que nadie deje de verla. Parece un ascua. Candente está como el hierro al fuego, al rojo y sin embargo es todo bondad, todo humanidad. Yo la veo... La veo cruzar, estallar dentro de mi alma y resplandecer como antorcha de mucha luz, de mucho amor. Me acaricia, me besa... Son sus besos panales de mieles. ¡Con cuánto placer los saboreo! Tienen que-

to de fraternidad, de libertad, de igualdad. No causan hastío, no provocan náuseas biliosas. Son besos suaves, tiernos, cariñosos. Son besos de niño. Besos de hombre que lucha por el bien de la humanidad. ¡Silencio! No me toquéis, no me interrumpáis. No os pongáis delante de mí porque seréis arrollados, pisoteados y trillados como la mies en el estío. ¡Paso! ¡Dadme paso. La rosa que guardo en mi corazón ha empezado a salir. ¡Miradla! ¡Miradla! ¡Cómo arde! ¡Pero no la veis? Yo sí que la veo y la toco. Es hermosa, muy hermosa...

¿Qué ruido es éste? ¿Qué griterío tan ensordecedor viene a interrumpirme? Silencio, silencio otra vez...

Hombres de corazón, mirad cómo se apoderan de mi rosa los hombres sin conciencia. Mirad cómo dan órdenes para que se la lleven. Mirad cómo disparan contra los que se defienden de la esclavitud y tiranía. Mi rosa, que se llevan mi rosa. ¡Yo quiero mi rosa...! Y su voz se apagó.

Como si le pincharan con puñales, lanzó un quejido; intentó levantarse, pero las fuerzas le abandonaron y cayó de espaldas.

Otra vez volvió a hablar: Mi rosa, mi amor de los amores, ayudadme... No puedo más... No puedo...

Luz, más luz. Un torrente, un desbordamiento, un diluvio de luz, para que el pueblo vea y me vea cómo me están abrasando los causantes de mi muerte.

¡Que se lleven mi rosa! ¡Que se la lleven!

Y murió el poeta...

MINGO

Sindicalistas y anarquistas

No pretendo ahora hacer una definición de lo que es el anarquismo ni de lo que significa el sindicalismo. ¡Se ha definido tantas veces! Sólo deseo señalar la distancia que hay entre una y otra cosa. No ignoro que ya en distintas ocasiones, y por plumas más expertas que la mía, se ha hecho la debida diferenciación. No obstante, nunca está por demás el insistir de nuevo.

Hay un término muy corriente entre militantes o simpatizantes de ideas libertarias: es el adjetivo de *compañero*. Muchas veces cuando se presenta un individuo a una agrupación en la que no es conocido, se dice: «He ahí un compañero», y el término «compañero» lo mismo se adjudica al anarquista que al sindicalista, al estudioso igual que al apático, al de conducta acrisolada que a quien pueden censurarse algunas acciones. De ahí que resulte un poco ambiguo usar de un mismo calificativo para todos.

Algo parecido a lo anteriormente expresado ocurre con lo de sindicalista y anarquista. Generalmente se considera que por el hecho de que una cosa puede muy bien complementarse con la otra, ya vienen a ser algo así como sinónimos, por cuyo motivo, en el caso que nos ocupa, muchos creen que los sindicalistas son también anarquistas. Y no es así en realidad. Para ser anarquista requiérense ciertas dotes morales, una determinada conducta acorde con la ideología que se dice profesar. Distintamente ocurre cuando nos referimos a los sindicalistas, puesto que en síntesis no se les puede pedir lo que a un anarquista, dado que el anarquismo tiene principalmente un inmediato fondo moral y el sindicalismo particularmente refiérese a las contingencias cotidianas del vivir económico.

Hace algunos años el sabio publicista francés Agustín Hamón, escribió un libro sumamente interesante con el título de «Psicología del anarquista-socialista». Esta obra era una especie de encuesta por la que se buscaba aunar las particularidades, las características peculiares y comunes a los anarquistas. Estas bas en ella bastante bien clasificados: el espíritu de solidaridad, el anhelo de libertad, el altruismo, el ansia de cultura, etc., etc. El autor de la obra en cuestión aunaba todas estas particulari-

dades y sacaba en consecuencia, deducidas de los individuos consultados (per-tenecientes, por cierto, a distintos sectores sociales y a los dos sexos), la sustanciabilidad del anarquismo, que, como ya hemos dicho, tiene principalmente una base moral.

El sindicalismo, aun siendo de tendencia libertaria, como lo es en la C. N. T. es ante todo un instrumento de defensa contra las cotidianas felonías que comete la burguesía. Un sindicalista puede ser tal, puede cumplir como tal sin tener en cuenta aquellos postulados que son norte del anarquismo. Puede preocuparse de lo que afecta a su ramo a industria, puede tener hasta eso que se llama *dignidad de clase*, también es posible el que posea algunos conocimientos técnicos relacionados con su profesión. Con todo esto puede ser un perfecto sindicalista, pero no un anarquista.

El ser anarquista es un poco más difícil de lo que algunos suponen. Dijo difícil porque hace falta tener la suficiente fuerza de voluntad para saber imponerse a todas las rutinas de que está rodeado el vivir cotidiano. Además hace falta sentir el placer de serlo. El que no sienta ese placer de obrar bien, de amar la libertad y de combatir toda reminiscencia de autoritarismo; el placer de educarse y de educar a los demás, ese no creo que pueda ser anarquista aunque el blasono de tal. No creamos en aquellos que van diciendo que se sacrifican por el ideal. El que lo siente no se sacrifica, está siempre dispuesto a todas las eventualidades que puedan surgir en el terreno de la lucha, y en ese caso no cabe sacrificio.

Por supuesto, un sindicalista puede también ser anarquista, estando comprometido de lo que el anarquismo es y representa. En España particularmente es de la organización sindical de donde sale la mayor parte de anarquistas, aunque muchos de los afiliados a la C. N. T. no lo sean, no obstante el procedimiento.

Hace falta hacer la debida diferenciación entre el militante sindicalista y el anarquista. No cabe confundir las dos modalidades, ya que luego redundan en menoscabo de las ideas. Si la Confederación Nacional del Trabajo, a pesar de afirmar en sus postulados que

La F. A. I. opina sobre la lucha de tendencias dentro de la C. N. T.

El sindicalismo solo es un arma de lucha y defensa empleada por la clase trabajadora contra el capitalismo y el estado

La C. N. T. debe tomar la dirección de la revolución traicionada

Otra vez se habla de lucha de tendencias. Hay quien adjudica a ésta la desorientación de los trabajadores. Nadie sabe reconocer la saludable corriente que higieniza los sindicatos y los medios anarquistas. Afortunadamente, el concepto anarquista de la revolución empieza a ser reconocido por los camaradas. Se reconoce, también, el período de intensidad revolucionaria que estamos viviendo.

Alguna que otra voz aislada del campo sindicalista pide nuestra anulación como factores determinantes y activos de la revolución. No se quiere, tampoco, que como colectividad intervináramos en las cuestiones de la Confederación Nacional del Trabajo; ni aun en aquellos puntos coincidentes que por la naturaleza de ambos organismos es aconsejable e imprescindible la acción mancomunada y acorde.

Se nos acusa—por cierto sector interesado—de contribuir en la desorientación y retraimiento del proletariado. Y se cree, aún, que nosotros pretendemos suplantar a la C. N. T. en perjuicio de los mismos trabajadores y de las ideas.

Para que se vea hasta qué punto de ecidialidad han llegado nuestras relaciones con los elementos de la tendencia contraria, tenemos a bien publicar la carta que, con fecha del 15 de noviembre de 1931, dirigimos a la Federación Local de Sindicatos de Barcelona.

Dice así:

Estimados camaradas de la F. L. SS. U. U. B.:

Salud. Era necesario escribir esta carta. Quizá algún día tengamos que lamentarlo, pero hemos de tratar de un hecho fatal e ineludible. Sin más rodeos ni dilaciones, queremos llamar las cosas por su nombre, fijar nuestra posición—diáfana y rectilínea—, para que nadie se llame a engaño y sepa a qué atenerse respecto a nosotros.

Recibimos cartas de toda la península, lamentándose los compañeros de

que en Cataluña, la fuerza de las tendencias desbarate y debilita el movimiento obrero revolucionario. Incluso, valerosos compañeros nos han reprochado duramente, que no hemos sabido evitar las discrepancias y formar un movimiento obrero fuerte y cohesionado, capaz de remover y socavar los puntales del Capitalismo y el Estado. Nosotros comprendemos el grave daño que nos causamos y que inferimos a las ideas al distanciarnos más cada día del factor moderado que milita en la C. N. T. Pero, si en franqueza hemos de hablar, hemos de decir que, por nuestra parte, hemos hecho los posibles y los imposibles por tal de llegar a una concordia armónica, real y duradera, que hiciera de la Confederación el baluarte indestructible de los trabajadores españoles.

Cuando, invitados por ese Comité, acudimos a las reuniones de militantes—interrumpidas ahora no sabemos por qué—, confiados en que a los que iban a ellas les alentaban la buena fe y la nobleza, estábamos decididos a aceptar, con emoción, la reconciliación que se nos proponía.

Empero, ahora, los hechos nos han demostrado que la diferencia que nos separa de los firmantes del manifiesto no es una simple cuestión de personalismos, de juego de líderes, de equivocadas interpretaciones, sino algo fundamental, de integridad ideológica.

Se tergiversan lamentablemente las ideas y las tácticas revolucionarias. Se huye de la realidad presente de una manera intencionada, casi diríamos sospechosa. Se cierran los ojos a la verdad del momento, quizá para disculpar o esquivar la responsabilidad de lo que viene sucediendo y puede suceder. Y nosotros, ante este hecho real, patente, queremos demostrar que aun hay nervio y convicción revolucionaria; que sabemos vivir la realidad del momento y que sabemos ocupar el sitio que la historia nos reserva en el campo de la revolución española.

(Continúa a la segunda página)